

El día de la cita con el Monje se acercó en el rápido tren de levitación magnética hasta las inmediaciones de la colina. Allí, en la misma estación, una moto voladora con sidecar, con dos hombres de la guarnición del monasterio, sede de la Hermandad de Aviamotola, lo esperaban. El acceso al lugar sagrado para la hermandad, se hallaba prohibido desde la misma base de la montaña para cualquier persona ajena a la sociedad secreta, con exhaustivos controles y vigilancia por doquier a lo largo del abrupto camino.

Le condujeron a una especie de cripta subterránea y allí, mientras esperaba, le pareció haber viajado realmente a la Edad Media. Tan sorprendido estaba mirando cuanto le rodeaba, que no había percibido la entrada del Monje hasta que este saludó escuetamente. Llegó acompañado de su lugarteniente al que apodaban Romanus.

—Siéntese ahí, por favor —le dijo el Monje.

Era la primera vez que veía personalmente a este personaje. Había oído hablar mucho de él. De hecho, hacía años que se había convertido en una verdadera leyenda. Se contaban muchas historias sobre él, también sobre sus orígenes, aunque como ocurre en estos casos no era fácil saber dónde se encontraba la linde entre la fantasía y lo verdadero. Se contaba que había sido abandonado al poco de nacer y que amamantado por una loba había logrado sobrevivir, viviendo de forma salvaje entre las fieras del bosque hasta que fue visto, capturado y recogido por unos monjes benedictinos que moraban en una apartada abadía lejos del mundo civilizado. Allí fue educado entre monjes dedicados plenamente al ascetismo y de forma subsidiaria al cultivo para su supervivencia. Se dice también, que en plena revuelta las hordas quemaron y asaltaron la abadía dando

muerte a todos sus moradores, salvo al Monje que volvió a su vida salvaje. Al cabo de poco tiempo fue visto en distintas poblaciones donde aparecía vistiendo siempre con pantalón, camisa, cazadora, pañuelo al cuello y sombrero de negro riguroso, con doble cartuchera a la cintura donde al reflejo de la luz brillaban dos lustradas pistolas. En principio las usaba para obtener lo necesario para su pervivencia, pero pronto fue conocido por su rapidez y su renombre hizo que otros pistoleros, llegados de lugares cada vez más lejanos, quisieran enfrentarse a él. Cosas del superego humano. Sin embargo, conforme estos caían abatidos su fama se agrandaba. Como nadie sabía su nombre, si es que acaso lo tenía, desde entonces fue llamado y conocido como el Monje. Tras la sublevación popular, con la caída de los ejércitos y policías, se convirtió en alguien muy codiciado para las mafias, potentados y grupos poderosos que eran capaces de ofrecerle verdaderas fortunas, y lo que hiciese falta, para atraerlo a sus equipos de matones. Sin embargo, el Monje, que mezclaba a su instinto libre, un lado salvaje y otro ascético en su carácter, nunca quiso pertenecer a nadie.

Con la Hermandad de Aviamotola había sido algo diferente. Por un lado seguía siendo él. Mitad salvaje, mitad asceta. Tampoco dependía de un matón poderoso. El credo de Aviamotola, incluido el secretismo en el que se desenvolvía la institución, le había cautivado y, además, le gustaba la vida en el monasterio.

Al tenerlo delante, Antonio sintió que ese hombre, mitad salvaje, mitad asceta, irradiaba una especie de magnetismo. «Quizá —pensó—, sea algo común cuando te sientas ante una persona famosa al que has seguido porque en cierto modo tenía o hacía algo que te atraía». Era alto y delgado. Seguía, como la

leyenda contaba, vistiendo totalmente de negro. De facciones duras, geométricas y recortadas en líneas ostensibles. Ojos almendrados, simétricos y claros, quizá verdes o azules; con la luz de la cripta no lo podría asegurar, pero en cambio era evidente la profundidad de su mirada. «Una mirada —pensaba Antonio—, que enfurecido tenía que atravesar a quien tuviera delante como si se tratara de una bala disparada a poca distancia».

El Monje se sentó frente a él y a su lado lo hizo Romanus, su lugarteniente. Entrado en años, este era un hombre robusto como una roca. A Antonio le recordó a los gladiadores del Imperio romano. Quizá de ahí viniera su apodo. Con la cabeza rapada, redonda, que se unía al cuerpo casi sin cuello y el torso desnudo, tan solo provisto de un ancho cinturón en bandolera en el que portaba una considerable arma automática. Destacaban también, en ese primer vistazo, un afilado machete a su cintura y los largos brazaletes de cuero con cordones. Decían, sin embargo, que era sobre todo un pensador —místico, añadían algunos— y un gran estratega, y que en sus horas libres se dedicaba al levantamiento de piedras enormes y a la lucha grecorromana. Actividades ambas, en las que siempre ganaba.